

Mayo 2014

Esta es una publicación del H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl
y Para Leer en Libertad AC.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com
@BRIGADACULTURAL

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Jorge B. Fernández
Antologadora: Paloma Saiz Tejero
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

Javier Valdés Cárdenas, Pedro Salmerón, Paco Ignacio Taibo II, Rafael Bajaras “El Fisgón”, Óscar de la Borbolla, Mónica Lavín, Luis Hernández Navarro, Guadalupe Loaeza, “Hernández”, Héctor de Mauleón, Enrique González Rojo, Óscar de Pablo, Beatriz Gutiérrez Müller y “Helguera”.

TRES CABEZAS

Javier Valdez Cárdenas

En la preparatoria Salvador Allende andaba diciendo lo que había hecho en aquella ciudad, apenas una semana antes: “Fui a echarme dos cabezas, dos batos, me dijeron ‘ve y má-talos’, y yo me lancé para allá y les di piso a estos cabrones. La neta me sentí machín”.

En la escuela se le veía inquieto. No era de esos adic-tos a la muerte, que matan gratis con tal de experimentar de nuevo esa emoción, el miedo, la adrenalina, el poder placen-tero de disponer de la vida de otros y acabar, con un jalón de gatillo, una ráfaga, con todas las mañanas de una persona.

El plantel está ubicado entre las colonias Guadalupe y Rosales, en un céntrico sector de la ciudad de Culiacán. La escuela forma parte del sistema de bachillerato de la Uni-versidad Autónoma de Sinaloa, donde el hampa ha metido mano: hostiga a las jóvenes, seduce con esos automóviles de lujo que exhiben mientras parecen esperar en el exterior de la prepa, los jóvenes acuden armados, venden o consumen droga, y la prostitución es un gran escaparate disfrazado de uniforme colegial y camisetas de vestir marca Ferrari.

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

Él quería entrar a la maña, como le llaman a quienes están en el crimen organizado. Y conocer matones y narcos, traer un arma y andar de cabrón. No iba bien en clases, pero no faltaba con tal de ver a los amigos. Se fue adentrando poco a poco, sin darse cuenta y una mañana le dijeron “tas dentro, pero tienes que aventarte un jale”.

“Qué hay que hacer. A quién hay que matar.” Soltó, sin más. “Mira, son estos batos.” Se la dan de cabrones pero le han hecho mucho daño al jefe. Le deben lana, hacen lo que quieren, son desmadrosos. Le explicaron dónde y cuándo. Mil pesos de viáticos.

“Los matas y te vienes. No quiero pedos. En cuanto termines, vas pa tras.” “Órale”, contestó, como si estuviera hablando con otro de la prepa. “Te vamos a dar cinco mil. Pero con eso, de ahí p’alante, al cien con nosotros. Y puro p’arriba y p’arriba.”

“Ta bien fácil. Entonces llego, me voy a este lugar. De seguro ahí van a llegar ellos. Bueno, ahí los espero y en cuanto los vea pum, pum, pum. Y en chinga de regreso. A toda madre. Mañana, de seguro, aquí nos vemos y les traigo esas dos calacas.”

Al otro día partió. Llegó y no duró mucho en identificarlos. Había sido así, como le explicaron. Se acercó y mientras dio tres pasos jaló la parte superior de la escuadra para subir el cartucho. Y cuando los tuvo a poco más de un metro les disparó. Vio cómo cayeron, queriendo tomar aire, alargar la vida. Ya en el piso, uno más para asegurar el éxito.

Se rió, nervioso. Y mientras se alejaba y guardaba el arma sentía que no podía borrar la sonrisa de su cara, atorada entre tantos músculos. Emperrada a su cara que ya no deseaba sonreír.

Pensó “han de ser los nervios”. Pero continuó así y se olvidó de aquella mueca cuando regresó a la prepa.

Ahí, en los salones, entre clases y pasillos, les contó a sus amigos. Y a otros y a otros. Y estos a otros más. “Un día le dijeron, fueron los mismos compañeros, que ya no anduviera comentándolo: ‘ya déjate de andar contando eso, güey’, pero como que no agarró la onda, porque le gustaba presumir”, manifestó un empleado del área de seguridad de la preparatoria. “Te van a chingar”, le advirtieron.

“Él nomás se rió, confiado, como si nada hubiera pasado, como si no hubiera escuchado el consejo, y contestó ‘me la pelan’, y pues ni modo, qué va a hacer uno ahí, ¡nada!” El joven respondió que ya traía con qué defenderse. Y dejó asomar una fusca negra, gloc, que parecía nuevecita. “Yo nomás te digo, loco. Ponte listo. Órale güe.”

Pero no le dieron tiempo. Y no pudo ni acercar su mano al arma que traía en la cangurera. “No la hagas de pedo, morro. Vámonos.” Apareció tirado, en el monte. “Lo torturaron gacho”, dicen los amigos. La noticia del levantón corrió por los pasillos y las aulas de la escuela. Supieron de él cuando lo encontraron muerto, con huellas de haber sido torturado, en un paraje deshabitado de la ciudad.

“Pobre bato, era su primer jale. Y todo por querer entrar a la narcada, por andar en la clicca. Los que lo vieron cuando fueron por él dicen que traía esa mueca. Como que el bato sonreía, como que no tenía miedo. No saben que ya no pudo con esa sonrisa, que por dentro temblaba, se despedía”.

(Valdez Cárdenas, Javier, *Historias reales de desaparecidos y víctimas del narco*, Aguilar, México, 2012, págs. 161-163.)

MUJERES

Pedro Salmerón

El general Lorenzo Ávalos Puente entró sin aviso a la habitación de Dolores, a quien encontró vestida con una ligera bata de estar en casa, cepillándose el pelo, preparándose para la agotadora jornada de la tarde. La muchacha, tímida y discreta fuera de su profesión, era una de las más cotizadas del burdel que “La Bandida” había instalado en Torreón, Además, como Dolores era hija del difunto capitán Urbano García, paisano, amigo y subordinado de Benjamín Argumedo, el León de La Laguna, la lenona la protegía: no en vano había amado hasta la locura al terrible guerrillero que siendo general afamado se la robó de la casa paterna cuando ella apenas ajustaba los quince años.

Ávalos conoció a Dolores unos días después del debut de la muchacha, una fría noche de febrero de 1924, justo un año antes del día en que se enteró de la profanación de aquella modesta tumba (“abandonada”, decía un corrido) del cementerio de Parral. La muchacha fue presentada

——— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

como la última adquisición de la Bandida, en cuyo burdel el general tenía siempre una mesa y una botella, cortesía de la casa, que recordaban a todos que Lorenzo Ávalos había tratado de salvar la vida de Argumedo y no se avergonzaba de ello; que no ocultaba, como tantos, su amistad y compadrazgo con el León de La Laguna. Desde que abandonó Canutillo en agosto de 1923, Ávalos vivía en un permanente estado de ira y frustración que sólo apaciguaba, por unas horas, la cerveza alternada con los tragos más fuertes de aquellas regiones, sotoles y mezcales diversos, falso sosiego que lo llevaba a borracheras y resacas atroces. Tenía la certeza de que — como decía un huapango que escuchó antes de que El Ébano se convirtiera en el infierno que fue — moriría de una cruda y su muerte sería muy amarga.

Las borracheras de Ávalos no eran violentas. Solía, además, entregar en el guardarropa la forniture con las dos pistolas de cache de nácar: la que el Jefe le había regalado en Torreón en abril de 1914 al mismo tiempo que su segunda estrella, por la que llegó a teniente coronel, y la que le entregó el general Toribio Ortega durante su agonía tras la batalla de Zacatecas, cuando le encomendó que cuidara a su única hija. Ávalos dejaba sus fierros al llegar, se sentaba en una mesa del rincón y bebía, a lo largo de dos o tres horas, la botella de sotol o mezcal que la Bandida en persona le presentaba, anunciando su calidad y procedencia. Algunas de esas noches, no todas, no la mayoría, pero algunas, según la cantidad de alcohol trasegado, reclinaba la cabeza sobre los brazos y lloraba en silencio. Casi siempre, cualquier muchacha libre lo ayudaba a levantarse y lo llevaba a su habitación, donde el general dormía a pierna suelta hasta

la mañana siguiente, cuando, si el dolor de cabeza se lo permitía, cogía dulcemente con la prostituta en turno.

A veces creía que ésa era la única otra cosa por la que valía la pena vivir: el sexo. Una hembra debajo de él, su cintura desnuda entre sus manos, unas caderas opulentas oprimiéndolo, unos pechos ofreciéndose a su boca; ni siquiera el amor, pues no se sentía con fuerza para tanto. Aquellas mañanas, una o dos por semana antes de conocer a Dolores, cuatro o cinco tras su afortunada coincidencia, en días en que el país ardía otra vez a balazos y él era vigilado de cerca por la policía. El sexo, el placer y el olvido totales, más eficaces que la borrachera, aquello que le permitía ocupar su día en fantasías y desvaríos de pechos y piernas y otras partes del cuerpo femenino. Tanto daba que fueran bonitas o feas, pues bien sabía que había feas que cogían mejor, mucho mejor que las más bellas y bien formadas, de mejor cepa, de cuantas mujeres había tenido. Lo importante era perderse, tenerlas.

Nadie molestaba al general durante sus largas borracheras. Apenas una que otra vez, cuando pasaban por el burdel, lo saludaban Raúl Madero y Eulogio Ortiz, dos hombres que podían presumir, como él, de haber llegado al generalato en las filas villistas, y que como de una u otra manera se habían acomodado al orden de los vencedores (en realidad Raulito no hizo otra cosa que tener el apellido que tenía, ser hermano de quien era), no trataban de justificar o hacer olvidar de diversas formas su antigua militancia villista, la que pregonaban con orgullo.

Sin embargo, alguna de esas mañanas Ávalos despertaba con la furia intacta y sin decir nada a nadie salvo

——— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

a Dolores, de quien se despedía con un largo beso que invariablemente terminaba en larga sesión de cama, caminaba hacia la estación de Gómez Palacio y subía al tren para Durango. Horas después bajaba en Pasaje, donde siempre alguien le prestaba un caballo con el que se trasladaba a Cuencamé, esa villa casi sin hombres —aunque quienes eran demasiado niños para tomar las armas en los años heroicos ahora estaban haciéndose hombrecitos, como sus propios hijos— donde sus dos hermanos mantenían el negocio de cría y doma de caballos que le permitía a él vivir sin trabajar en Torreón o Gómez, aunque casi sin dinero, y sobre todo mantener a la hermana solterona y a Domitila, que ante Dios seguía siendo su mujer. Ambas llevaban la casa en que vivían los tres hijos habidos con Domitila antes de 1910, cuatro que había engendrado con otras mujeres durante la lucha, y nueve de diversos compañeros de armas, a los que recogió. El rancho de los Ávalos era una de las propiedades más prósperas del distrito porque el general, a diferencia de casi todos sus compañeros de batalla, había guardado bien el oro a que solía convertir el producto de salarios, rescates y saqueos, y nunca dejó de enviar recursos a la familia. En 1920, cuando el Jefe se rindió —*las cosas como son*, solía pensar Ávalos—, envió a sus hermanos todo el dinero escondido y ellos levantaron rápidamente la propiedad en aquella zona devastada por la guerra y sin dinero circulante.

El general solía pasar dos, tres, a veces cuatro semanas trabajando de sol a sol en las duras faenas del campo, sin tomar alcohol —o casi— ni tocar mujer, hasta que lo vencía la nostalgia, no del sotol, casi tampoco de las mu-

chachas del burdel, sino de aquellos años bajo ese mismo sol, cuando atacaba las posiciones enemigas al frente de sus hombres. Entonces se veía a sí mismo convertido en un ranchero acomodado, casi uno de esos ricos a los que tanto odiaba, aunque se justificaba diciéndose que toda la gente que dependía de él (a los hijos y recogidos había que sumar los dos hermanos, las cuñadas, la anciana madre y una docena de sobrinos) vivía al mismo nivel que casi todos los campesinos de Cuencamé. Entonces regresaba a Torreón, a la misma mesa del burdel de la Bandida, donde malvivía con su media paga de general brigadier “a disponibilidad”, donde iba del burdel a los toros y jaripeos, donde pasaba de la cruda a la borrachera sin interrupción ni pausa.

Aquel mediodía de febrero de 1925, aquel mediodía que leyó el cable que le llevó Lopitos, reproducido esa misma tarde en la *Extra* de la “vendida prensa metropolitana” y que le hizo hablar a Canutillo después de año y medio de ausencia, mientras metía una muda de ropa y dos botellas de sotol en la mochila de campaña, Lorenzo miró cómo Dolores se acicalaba frente al espejo. De nuevo recordó la noche en que la conoció, apenas vestida, apenas pintada; rechazó el sotol ofrecido por la Bandida y cortejó a la muchacha, quien tenía turno con uno de los directivos de la fábrica de dinamita, al que plantó por Ávalos. Durmieron juntos, se amaron por primera vez, primera de muchas y única que Ávalos pagó, porque unas horas de Dolores equivalían a lo que gastaba una semana en comida.

Rememorando aquella noche, el general abrazó a la muchacha desde atrás, apoyando su erección entre sus anchas caderas y acariciando los pechos sobre la ropa. Lo-

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

renzo besó el cuello de Dolores; ella sintió que se derretía y sabía bien por dónde estaba derritiéndose. Por vigésima vez se sorprendió de que lo que en el burdel era obligado, algunas veces divertido, fuese con él la entrada al cielo. Cerró los ojos y apoyó las manos en el tocador para sentir los labios de su amante y el trato suave de sus manos sobre la piel desnuda bajo la bata. Casi sin darse cuenta, sin separar aquellas manos de su cuerpo, cedió a la suave presión del hombre, que la conducía al lecho. Siempre llevada como en un sueño, casi sin darse cuenta, se vio acostada en el colchón. Lorenzo tocaba, besaba y mordía: desabrochó la bata, buscó los labios de la mujer con los suyos, se hundió entre los morenos pechos. Acarició el sexo de la muchacha como le habían enseñado a hacerlo las compañeras de oficio de Ondina, y cuando Dolores anunció su placer con un gemido, se detuvo a mirarla.

Con la bata enrollada en la cintura, las redondas nalgas que fascinaban a la clientela más selecta, el sexo empapado, las fuertes piernas que terminaban en sus suaves pantuflas, la lánguida mirada posterior al orgasmo, Dolores era aún más bella y deseable. Mirándola con hambre, Lorenzo se preguntó, como casi todos los días, a quién habría perdonado durante la revolución, a quién habría salvado, a quién le habría hecho tanto bien como para que ahora él la mereciera, para que ahora ella lo amara.

Mientras Lorenzo la seguía mirando, Dolores se despojó de la bata y lo hizo sentarse en el sillón, al lado de la cama. Le quitó las altas botas de montar y el pantalón caqui, tegumentario de la caballería villista, que el general seguía usando; luego le retiró la camisa y la ropa interior.

Desnudos los dos, se sentó a horcajadas sobre él, lo guió con sus manos de largos dedos, descendiendo suavemente, haciéndolo suyo. Clavándolo al respaldo del sillón, Dolores se movía arriba y abajo con lentitud, y al llegar arriba hacía un suave movimiento circular. Lorenzo olvidó todo lo que no fuera el cuerpo de la muchacha, dedicado a sentirla, a morder sus rosados pezones, a lamerla, a acariciarla. Ella mandaba, subía y bajaba, se movía a su antojo hasta que el general estalló en sus entrañas, entre sus gemidos.

Lorenzo, sin embargo, no la amaba. No todos los días. No siempre. Lorenzo, sin embargo, la amaba cuando la tenía, cuando la hacía suya, cuando la añoraba.

(Tomado del libro *La cabeza de Villa*, Editorial Planeta.)

LA REPÚBLICA DEL DESENCANTO

España ante la Revolución

Paco Ignacio Taibo II

Hoja de calendario

Quitarás la hoja del calendario y descubrirás que no hay tras ella nada. El año entero ha terminado; y a falta de un nuevo taco de hojas para ser arrancadas, pondrás en el cartoncillo final un enorme UNO y la palabra ENERO bajo él.

Estarás tentado de agregar con letra diminuta aquel pedazo de parte meteorológico que tantos fantasmas despierta en la cabeza dominada aún por las horas sin sueño: «fuertes agitaciones tormentosas en la zona del Cantábrico, particularmente en la costa asturiana». Fascinado por lo de «tormentosas», fascinado por lo que de augurio tiene, fascinado por lo que a revolución social suena.

Ojos encandilados que salen de la noche y cambian de año. Y si te llamas José María Martínez, volverás al jergón

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

de la celda en la cárcel del Coto después de haber madrugado en balde buscando la luz y el olor del mar por la ventana. Permanecerás tendido, con los ojos abiertos, fumando un cigarrillo, dejando que el humo suba lentamente hacia el techo, pensando en las cosas por hacer afuera, en la fuerza enorme que allá afuera (en las manos, en los mejores sueños de los Genetistas gijoneses) espera. Y tú, aquí encerrado. Un buen momento para decir ¡Coño! y fruncir el ceño.

Y si te llamas Javier Bueno, dejarás que el sol termine de despertarte, sin la premura de ver el ejemplar del diario, porque hoy *Avance* no salió aunque el año se acabó entre las bobinas de papel extrañamente quietas, entre los linotipos inmóviles; terminó en el brindis compartido por tipógrafos, redactores, chóferes, repartidores, impresores, reporteros y administrativos: «Por lo que vendrá». Y duermes el sueño inquieto del director de un periódico que inicia una guerra. Un sueño en el que persisten el olor de la tinta fresca, la textura del papel, el ruido de la rotativa.

Si te llamas Amador Fernández y eres diputado socialista, estarás dando vueltas en la cama, esperando que la luz justifique el ponerse de pie. Habrás llevado a la cama, además de los abrazos de la familia y los amigos, uno de esos problemas que con tanto gusto te quitan el sueño; quizá no un problema claro, como los que te producen ese hormigueo en la palma de la mano, y sí uno de esos retruécanos de la política sindical que dan dolores de cabeza: por ejemplo, el de cómo presionar para impedir las importaciones de carbón inglés que indirectamente provocan el desempleo, o el de cómo frenar el derrumbe de Fábrica de Mieres que amenaza con enviar al paro a 4,500 trabajadores; o el de cómo lograr que *Avance* llegue a Galicia, o el de...

Si te llamas Belarmino Tomás, te habrás levantado temprano siguiendo el rito, la costumbre de caminar aún en la noche hacia la mina. Habrás rondado inquieto en la cocina, bebiendo agua, fumando un cigarrillo; y habrás terminado por salir antes de hora, caminando despacio, esperando que el sol te alcance rumbo a la alcaldía de Sama.

Y sí te llamas Bonifacio Martín, dejarás el reloj sobre la mesita de noche después de haber visto la hora por segunda vez, y sin levantarte de la cama tomarás los papeles del acta de constitución del Sindicato de Camareros que no habías terminado de repasar. Moviéndote despacio, para no despertar a la mujer, buscarás una mejor posición en la cama mientras repasas las líneas.

Si te llamas Jesús Ibáñez, la noche habrá terminado prolongándose en el día. Apagarás la luz del cuarto en que trabajas; dejarás a un lado las cuartillas de esa novela que parece que nunca será terminada. Las dejarás reposar mientras ves cómo el amanecer se va abriendo paso poco a poco tras las cortinas blancas. El sol no es cosa de los vampiros, y marcharás hasta la cama que estuvo esperando en vano la noche entera.

Y si te llamas Arturo Vázquez, volverás derecho del calendario a la cama, porque ayer te acostaste tarde para ir a la segunda función que dio la compañía de Aparicio Marcet (Esclavos de la tierra) en el teatro salón de la Casa del Pueblo de Mieres.

Y si te llamas Segundo Blanco, oirás cómo, desde el jergón vecino, se levantaba José María Martínez y vigilarás sus pasos hasta el calendario acabado, respetando en el silencio de la celda sus pensamientos. Y pensarás para ti, que

——— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

te gustaría ir al fútbol hoy (aunque mañana dirás que para ir a ver perder al Sporting frente al Irún por 2 a 1, está mejor la celda), y ver a los compañeros, y tomar una botella de sidra, y gozar otra vez el aire de allá afuera.

Si te llamas Carlos Vega, quitarás el ejemplar de *Mundo Obrero* sobre cuyas páginas abiertas anoche quedaste dormido, y le darás un par de vueltas en los turbios pensamientos aún salidos del sueño a ese nudo que es el «Frente Único por la Base».

Y si te llamas Etlvino, Ramón, Aquilino, Anselmo, Manolo, José, Luis, César, Acracio, Arturo, Joaquín, María, Aída, Libertad, Antón... Y eres minero del Fondón, de Rimoria, del María Luisa, de las Marianas; o metalúrgico de la Duro, o de la Fábrica de Moreda; o pescador de Avilés, maestro armero de la Fábrica de la Vega, camarero en Mieres, cartero en Sama, limpiabotas en Oviedo, chófer de autobús en Laviana, picador en Sotrondio, campesino en Grado, alhámí en Pola de Siero, costurera o cigarrera en Gijón... Y si te levantas con la costumbre aunque hoy no se trabaje. Y si vas hasta el taco de hojas del calendario... Y si vas hasta él y quitas la última, sólo para ver que no hay nada detrás. Entonces, pensarás: «Un año está empezando». Y escribirás con trazos gruesos un número 1, y bajo él la palabra enero sobre el cartón final del calendario vacío.

Y sí, está empezando 1934. En Asturias, un año para una revolución.

(Tomado del libro *Asturias: octubre 1934*, Editorial Crítica.)

EL FIGÓN



La Jornada, 06/06/08.

EL OLVIDO

Óscar de la Borbolla

1

El olvido es un territorio inmenso donde las cosas mueren por segunda vez y tan silenciosamente que ni siquiera nos dejan en situación de duelo. Porque no es que se borren poco a poco ni que dejen ahí su cadáver —esa escandalosa constancia del hecho de que han muerto—, sino que un día uno se despierta sin ellas y no lo nota ni se vuelve a acordar de que estuvieron.

El olvido es la experiencia más común y corriente que tenemos para entender la Nada. Es fascinante que haya sucesos que desaparecen tan completamente de nuestra memoria que ni siquiera notamos su ausencia. A mí, descubrir esos huecos en la trama —supuestamente continua— de mi vida me da escalofríos, porque hay días, hay meses,

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

hay años enteros de los que no recuerdo nada; caras que vi, amigos que tuve, libros que leí y que desaparecieron sin que me diera cuenta.

Hay muchas clases de olvido; hay incluso los que son voluntarios. Yo no quiero perder todos mis olvidos, pues supongo que en su hora fueron y, aunque ya no me acuerdo, deben de haber sido importantes. Si Odiseo fue al Hades para preguntar por la ruta que lo conduciría a Ítaca, por qué no habría de viajar yo a la Nada para recuperar, siquiera, siete de mis olvidos.

2

Mi primer olvido lo recuerdo muy bien: cómo olvidarlo si fue la causa del primer bofetón que recibí en mi vida.

Había asistido, por espacio de un mes, todas las tardes a la casa de una tía abuela monja para aprender el catecismo. En el coro de los niños repetía la versión papilla del Génesis y las oraciones: Padre Nuestro y Ave María. Al terminar la tarde, la vieja regalaba skinnerianamente galletas y servía tazas de chocolate caliente y espumoso para todos. A mí, por supuesto, me brincaba, pues era quien aprendía más lentamente, y era cierto: yo me había quedado pensando en quién sería ese “Verbo” al que se refería la frase “En el principio fue el Verbo”, mientras que los demás ya habían llegado hasta el Séptimo Día, que era el del descanso.

Luego de meses, y de varias carnadas de niños brillantes, fui capaz de repetir de corrido y sin equivocación ninguna las lecciones; entonces, la vieja me llevó a la iglesia a confesarme: me hincué ante un cura gordo, alto y recio

que me dijo: “Ave María purísima”. Y yo le contesté: “Con pecado concebida”. Ahí vino el bofetón que me tiró al suelo, pues tenía seis años y no sólo no entendía el asunto del Verbo, sino que tampoco entendía las preposiciones: “sin” o “con” eran lo mismo para mí.

¿Cómo pude olvidar la respuesta exacta?, me preguntaba mientras la vieja me reprendía. ¿En qué momento desapareció sin que yo lo notara? Ése fue mi primer olvido — creo —, pero ¿cómo saberlo?

3

Este olvido no logro recordarlo. Sólo sé que alguna vez hubo alguien, pues un día hallé en el cajón secreto de mi escritorio, donde guardo mis cosas más queridas, un cepillo de dientes color lila. El hallazgo me dejó desconcertado, pues ese cajón no sólo está con llave, sino oculto de manera tan discreta que nadie es capaz de notar su existencia. Cada uno de los objetos que ahí conservo tiene un valor muy especial para mí: cada uno encierra alguna clave. Tengo una canica ágata de mi infancia, una servilleta con un poema, un camafeo de plata, un espejo empañado que reflejó a mi madre, un arete con perla, un pedazo sólido de tinta china y docenas más de cosas capaces de retrotraerme en el tiempo o de exhibirme de golpe la ruina de mi vida.

¿Qué hacía ahí —entre los tepalcates de mi arqueología— ese cepillo de dientes? ¿Por qué estaba envuelto en un pañuelo como un fetiche y no aventado con descuido como todo lo demás? ¿De quién era?

Me exprimí durante semanas la memoria; puse el cepillo en la repisa del baño con la esperanza de que al verlo

————— **2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl**

en su ambiente me viniera el rostro o el nombre de su propietaria; pero fue en balde.

Por el color lila supongo que fue de una mujer, y supongo que vivió conmigo y que fue importante; pero no la recuerdo, no recuerdo nada. El cepillo sigue en mi cajón secreto: no sé por qué decidí conservarlo si no me dice nada; pero ahí está y ahora me habla del olvido.

4

Los olvidos son como los muertos. Entre los muertos hay unos que trascienden, que pasan a la historia, pues su obra enriqueció el patrimonio humano, y hay otros —los más— que son intrascendentes, que sólo abonan el terreno donde fueron sepultados y no pasan más que al anonimato eterno. Con los olvidos ocurre lo mismo: hay unos —muy pocos— significativos y hay otros —los más— que se diluyen en la fosa común del pasado. Aquí me interesan mis olvidos que no valen la pena, los millares de días que no recuerdo, y me interesan porque son demasiados. De hecho, de mi vida, sólo recuerdo unas cuantas anécdotas, unos pocos momentos que sumados, un segundo de aquí, dos minutos de allá, apenas si completan un par de semanas, ¿dónde ha quedado el resto de mis años?

Me pongo memorioso y recupero otro instante y otro más; pero me siguen faltando muchos.

Quisiera convertir este texto en la tumba al Olvido Desconocido, ése que por insignificante no quedó registrado ni siquiera entre los olvidos importantes: el sabor del café una mañana de agosto cuando iba de camino a la

preparatoria, la forma de una nube que se deshilachó en el viento cuando yo imaginaba no recuerdo qué, la silueta de una mujer que habrá llamado mi atención una mañana calurosa: tantas cosas que no solamente ya no son, sino que ya no fueron.

5

Hay un olvido que me hicieron recordar echándome en cara una promesa. Tú dijiste —sollozó con la voz resquebrajada— que ibas a quererme siempre. Y yo no recordaba haberlo dicho. ¡Acuérdate!, insistió, y yo seguía sin acordarme. Era posible, sí, que se lo hubiese dicho; pero era increíble que lo trajera a cuento para obligarme —con la complicidad de mi memoria— a sentir lo que ya no sentía. Sí, está bien, lo admito, respondí —aunque seguía sin recordar realmente mi promesa—; pero, y ¿qué con eso? ¡Quiero que te acuerdes! Sí, me acuerdo, volví a decir. No, no te acuerdas; si te acordaras volverías a sentirlo. Me acuerdo de que lo dije, y me acuerdo de lo que sentía cuando lo dije, pero ya no lo siento... No, no te acuerdas, insistió ella; si te acordaras seguirías queriéndome.

Y me quedé pensando en lo extraños que resultan los recuerdos, pues uno puede ver el rojo y recordarlo, y una cara y reconocerla, o repetir de memoria un poema: en estos casos la recuperación es completa, pues uno al recordar ve el rojo, mira la cara o dice el poema; pero no sucede así con los sentimientos, pues, aunque había terminado por recordar mi promesa y lo que sentía cuando la hice, no había modo de volver a sentirlo: recordarme queriéndola no me hacía quererla. Ella volvió a llorar: Por favor, acuérdate.

————— **2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl**

Pero yo no pude acordarme, porque hay olvidos que ni recordándolos se recuerdan.

6

Un día me dijeron que siempre se acordarían de mí y me pareció poco. ¿De qué me sirve que te acuerdes de mí si ya no volveré a tenerte?, le pregunté y colgué el teléfono para estar a gusto en mi desconsuelo. A partir de entonces, cada tarde y luego con un ritmo de un día sí y un día no —fiel a su palabra—, me llamaba y conversábamos largamente. Aquellas pláticas furtivas dejaron de parecerme poco: me alegraba su voz, me alegraba enterarme del curso de su vida, saber lo que hacía o lo que iba a hacer.

Ya no puedo acordarme de ti tan seguido, me dijo una vez, y yo volví a hundirme en la tristeza: Pero entonces, ¿cada cuándo vas a hablarme?, le pregunté, y me dijo que lo haría los lunes solamente, pues ese día tenía tiempo. Y otra vez sentí que era muy poco. Pero no era tan poco: los lunes irradiaban una luz que cubría hasta el sábado y sólo el domingo me sentía infeliz. Eso duró no sé cuántos meses. Hasta que otro día me dijo que le costaba mucho trabajo acordarse de mí. Y dejó de llamarme.

Han tenido que pasar muchos años para que llegara a entender que un recuerdo jamás es poca cosa.

7

Una buena parte de mis olvidos son fingidos y me han servido de coartada o de pretexto; pero también para salirme con la mía coronando ciertos deseos, pues no hay nada más

eficaz para destruir la seguridad de una persona que fingir que uno no se acuerda de ella. Este uso lo aprendí en carne propia, pues es común en el gremio literario del que formo parte. Llevaba muchos años en el ambiente y cada que volvía a compartir una mesa con escritores destacados tenía que presentarme nuevamente, pues ninguno se acordaba de mi nombre. Era tan exageradamente extraño que, primero, creí que —a pesar de ocupar un lugar en el espacio como cualquier sólido— era invisible o insignificante; luego pensé en que esa pobre gente padecía una amnesia imbecilizante, y sólo después de mucho tiempo descubrí lo obvio: que su olvido era un olvido calculado.

Aquella estrategia me pareció estupenda: no para practicarla con escritores jóvenes, sino con mujeres muy bellas a quienes haría un bien terrenalizándolas, quiero decir, bajándoles los humos para que tocaran el piso sobre el que yo me hallaba. Sólo puedo agregar que a estos olvidos voluntarios debo un saldo de recuerdos bastante memorables.

8

Entre mis olvidos también hay uno al que le guardo un profundo agradecimiento, pues le debo la vida. Tuve una cita a la que no acudí por culpa de mi desmemoria y que al cabo de unos meses recordé al leer con azoro el titular de un periódico: mi amigo a quien dejé plantado junto con otros (a quienes nunca conocí) estaba retratado en la primera página.

Hay olvidos que cancelan caminos en el laberinto de la vida. Yo, gracias a un olvido, sigo aquí.

(Tomado de *La libertad de ser distinto*,
Editorial Plaza y Janés.)

EL DÍA Y LA NOCHE

Mónica Lavín

Cuando los primos pasaban las vacaciones en la casa de Acapatzingo, los días poseían la claridad de la alberca y la ferocidad del sol; la noche, lo impenetrable de la obsidiana. A la vera de la iglesia, entre los zapotes que despanzurran sus frutos negros en el jardín, las mañanas eran doradas como la cerveza que los padres bebían al lado de la alberca. Ellas jugaban a la escuelita con las niñas del pueblo, que en la casa de enfrente habían dispuesto un chiquero vacío para hacer las veces de aula. Las niñas de la casa y las de la cuadra lo limpiaron e instalaron unas tablas para que las más pequeñas asistieran de alumnas, mientras las grandes daban explicaciones en el pizarrón traído de la Ciudad de México. Relacionarse con las niñas que vivían en Acapatzingo, les provocaba un entusiasmo que sostenía los fines de semana y esas largas vacaciones escolares. Regresaban a la

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

casa antes de comer para darse un chapuzón. Ellos las salpicaban y se burlaban: ¿qué les pasaba? Tenían una alberca para jugar. ¿No era suficiente con ir a la escuela todos los días? ¿Qué tenían que ver ellas con las niñas del pueblo? A ellas les parecían bobos, insensibles. Los padres advertían que no los mojaran, mientras sostenían los tarros empapados y ensartaban dados de abulón con el palillo.

Ellos habían amarrado una liana al encino cuya rama se desplegaba por encima de la alberca con forma de riñón. Se subían al tronco, se colgaban de la reata y se mecían hasta tirarse justo en el centro. El más intrépido lo hacía con una voltereta en el aire. Tentaban a las niñas: les toca. Ellas se lanzaban con torpeza. Luego se aventaban agua en la cara o jugaban a las guerritas. Las más grandes llevaban a las más chicas en hombros, lo mismo hacían ellos y forcejeaban hasta que uno de los gladiadores caía vencido sobre la superficie. Se sofocaban y bebían agua de jamaica. Las mamás servían y ellas y ellos comían en la terraza aún con los trajes de baño mojados. Ellas aprovechaban para contar las cosas que ellos no podían ver por estar en la alberca azul cielo: En la casa de Marcela tienen una burra; hay un pozo para sacar el agua; la mamá hace tortillas a mano y nos convida; guardan alacranes en un frasco; hay un moño negro en la puerta que da a la casa porque se murió un hermanito cuando nació. Ellos fingían no interesarse. Después de comer buscaban el arco y la flecha para tirarle al plátano al fondo del jardín y disfrutar cómo se hundía la punta metálica en el fuste lechoso. Ellas querían tirar también porque el arco se tensaba muy bonito y chasqueaba en el aire cuando lo soltaban. Las campanas de la iglesia llamaban a llevar flores para la virgen. Ya se van las monjitas, decían ellos, porque

ellas se apresuraban a vestirse, todavía con el cloro de la alberca en las pestañas y en la piel estirada por el sol y el agua. Marcela ya tocaba a la puerta: irían a la barranca a cortar flores frescas. Salían jubilosas con sus sandalias blancas o color miel, el pelo mojado recogido con una liga. Ellos esperarían un rato, aburridos en la terraza, hasta que les dieran permiso de volverse a tirar al agua; sentirían muy ancha la terraza ahora que las niñas andaban en misa. Qué ridículas, si sus padres nunca iban.

Ellas se sentían parte de aquel enjambre de mujeres de todas edades entrando en la iglesia oscura. Se figuraban que el ramillete que sostenían en sus manos las hacía buenas. Esperaban con avidez el momento de los cantos que ellas aún no habían aprendido para acercarse al pie de la virgen y añadir sus flores a la montaña fragante. Cada una buscaba los ojos de la virgen y guardaba un sigilo reverencial. Entre ellas ni se miraban, como si se desconocieran, como si pertenecieran al rito, a la iglesia de su casa de fin de semana desde siempre.

Por la tarde regresaban cuidando de no despertar a los mayores de la siesta y con los niños –que no demostraban el gusto por verlas regresar– remataban lo que quedaba de la tarde con juegos de mesa o con la mímica para adivinar películas. Así llegaba la noche con sus meriendas de platillos voladores. Entonces ellos proponían cruzar el atrio de la iglesia. Ellas querían ir para comprar algo en la tienda que estaba justo al otro lado del atrio.

–Se puede rodear la iglesia por afuera –proponía una.

–Eso no tiene chiste. ¿A poco les da miedo? –se burlaban ellos.

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

—Para nada —decían ellas y dejaban atrás el *bossa nova* que oían los padres después de haberles dado monedas para comprar galletas de malvavisco rosa.

Era preciso subir los escalones que daban acceso al atrio: un lote de tierra vacío donde habían visto a moros y cristianos simular una lucha y al enano Margarito — todo él pequeño como un muñeco y no con la cabeza y los brazos grandes como los de los circos— que con voz tipluda decía que vencerían al mal. Parecía un cementerio flanqueado por la iglesia ocre iluminada de luna. Al final del atrio se distinguía el sauce, único árbol de aquel desierto. Junto a él, aunque no se veían desde el extremo opuesto, estaban las escaleras que llevaban a la miscelánea. Ya habían cruzado el atrio de noche, pero no se acostumbraban, sus corazones bombeaban con velocidad, la boca se les secaba porque en nada se parecía esa negrura que podía ser territorio de la Llorona al momento del rosario o de la liana sólo unas horas atrás. Nadie quería ser el primero ni el último. Suponía estar solo en uno de los dos extremos por insoportables minutos, por eso los más pequeños quedaban fuera del volado con el que se sorteaba el orden.

Después de un tiempo eterno de zancadillas sobre la tierra seca e indescifrable, una vez al otro lado, devenía un orgullo que se soltaba en risa nerviosa. Cada uno pensaba que era la última vez que lo haría. El regreso sería en carro y por afuera de la barda. Alguien propuso juntar el dinero y comprar una cajetilla de cigarros. Y unos chicles, agregaron, para disfrazar el olor. Cerillos, insistió el de la tiendita, que no tenía ningún empacho en venderles a los escuincles. No querían observadores, así es que dieron la vuelta a la esquina de la barda para quedar fuera de la mira del tendero y

el mayor encendió el primer cigarro. Dio varias chupadas hasta que en la oscuridad resplandeció la chispa roja de la punta y lo pasó a la prima mayor. Tosió un poco. Ella dio una chupada y soltó el humo esponjoso. Pasó el cigarro que provocó tos y risa entre todos y deseos de que diera la vuelta completa para arremeter con otra chupada. Encendieron otro cigarro pegándolo al extremo abrasivo del que se consumía, como habían visto hacerlo a sus padres. Y cuando se lo acabaron no sabían qué hacer con el resto de la cajetilla porque les pareció que había sido suficiente. Ya alguno estaba mareado y la boca sabía desagradable. Se repartieron los chicles de canela y caminaron despacio y callados hasta llegar a casa y terminar la jornada con algún programa de televisión, todos tumbados sobre la cama del cuarto principal, entre quejas y carcajadas, hasta que el sueño los venciera.

El sábado que llegó la prima Elena con su madre a pasar el día en esas vacaciones de abril, ellos y ellas intentaron aferrarse a sus rutinas y a sus horarios. Elena ya tenía trece años y se negó a jugar a la escuelita con las vecinas. Tampoco quiso tirarse de la liana a la alberca helada. Se quedó con su larga trenza rubia que le dividía la espalda en dos y su bikini azul marino, tumbada sobre uno de los camastros. Ellas volvieron más pronto de las clases en la porqueriza y ellos dejaron de jugar a Tarzán para no salpicar el cuerpo acinturado de la prima. Comieron botana alrededor de Elena, que se incorporó para estirar la mano hacia una jícama. Así tan cerca las piernas y los torsos, ellas y ellos observaron sus pantorrillas lisas. Elena se rasuraba. Las niñas quisieron quitarse la pelusa de las suyas de inmediato; los niños, recostarse en aquellos muslos que comenzaban a broncearse.

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

Comieron con menos escándalo y sin enseñarse la comida. Elena hablaba poco. Con un poco de fastidio preguntó si pasarían allí todas las vacaciones.

Ellas y ellos volvieron al plato de lentejas sintiendo los días por venir como una carga farragosa. Las campanas a lo lejos avivaron a las niñas. Invitaron a Elena. Ella dijo que sólo iba a misa los domingos y los chicos se quedaron contentos suponiendo que jugaría con ellos al arco y la flecha o con el rifle de diabólos, pero Elena se tumbó con una revista en la sala fresca. Desde la terraza ellos la miraban de cuando en cuando sin acertar a alejarse de allí.

Ellas arrojaron las flores en el momento preciso, sintiendo cierta prisa por volver y menos devoción a los ojos santos de la figura de porcelana. Se preguntaron si Elena querría ir al atrio cuando oscureciera. Ellos ya se lo habían propuesto. Le gustó la idea de salir de casa y mientras caminaban, ahora que el sol se había metido, parecía más simpática. A ellos y a ellas les emocionó que estuviera dispuesta a aventurarse a cruzar el atrio y que no pensara que eran bobadas.

—¿No salen hombres? —les preguntó cuando se distribuían el orden en la penumbra.

Habían pensado en la Llorona y en otras alimañas. Los hombres no cruzaban el atrio en las noches.

—¿Ni los borrachos? —preguntó.

Lanzaron la moneda. A Elena le tocó ser la primera. El primo mayor le cambió el lugar. Ella sería la segunda. Los demás lo miraron perplejos, nunca había tenido un detalle así. Cuando todos libraron la inhóspita dimensión del atrio, ya Elena tenía la cajetilla en sus manos y repartía un cigarro a cada uno. Ni siquiera se molestaron esta vez en

quedar fuera de la mira del tendero. Fumaron allí bajo el sauce, retando con volutas de humo el negro vacío del atrio que habían dominado. Elena explicó que había que dar el golpe para fumar bien e hizo una demostración. Dio una chupada al cigarro y abrió la boca vacía para que imaginaran el humo dando vueltas en sus pulmones. Luego dibujó dos redondeles de humo que contemplaron asombrados. Los intentos los marearon, nadie pensó en los socorridos chicles de canela.

Regresaron a casa ligeros, con Elena al centro porque ella sí sabía fumar y no había tosido y caminaba derecha como si el humo que había hecho arabescos en sus pulmones le diera cierta altivez. Olvidaron la televisión y se fueron al cuarto de los niños —el de las literas que daba a la terraza— a jugar a la botella en el estrecho espacio entre las camas donde se habían sentado. Que si los besos y las cachetadas y luego pasarse el cerillo encendido para disparar preguntas indiscretas. Y luego ya no se les ocurrió nada hasta que alguien apagó la luz, y el mayor encendió la linterna y pidió a las mujeres que hicieran un *show* para los niños. Ellos se subieron en tropel, casi cayéndose, a esa cama alta. Y las niñas pensaron en un baile. El mayor iluminaba como en el teatro a cada una y Elena subía la pierna como si fuera el can can. Y luego cambiaron y ellos hicieron una pirámide, uno sobre otro, que se vino abajo cuando ellas les apuntaron con la linterna a los ojos. Entonces ellos pidieron que Elena hiciera un *show* sola y ellas también dijeron que sí y se subieron a la otra cama sin la linterna que se habían apropiado los niños. Elena se fue al rincón de la puerta para que ellos y ellas la miraran y empezó a moverse como una mujer; las caderas para un lado y para el otro, la cintura dando vueltas.

——— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

Y hacía como si se quitara los zapatos y las medias que no traía, y se volteaba de espaldas entre los silbidos de ellos y ellas que jugaban a ser los clientes de un cabaret. Y ella hizo como si se quitara un vestido y se desabotonara un brassier y lo aventó, pero siguió allí con su playera de rayas rojas y sus shorts color caqui. Hasta que el más grande se atrevió y dijo: súbete la blusa. Y todos asintieron con su silencio. Y él le alumbró el talle mientras Elena tomaba el extremo de la playera y lo subía lentamente mostrando el vientre y luego los pechos abultados como un paisaje sorprendente. No silbaron, ni aplaudieron. El primo apagó la linterna y fue bueno que tocara a la puerta la madre de Elena para avisar que se iban.

A la mañana siguiente se asolearon en los camastros y se metieron a la alberca. Ellas no atendieron los toquidos en la puerta cuando Marcela llamó a clases, ni ellos a la liana que colgaba inútil. Dejaron pasar de largo las campanadas de la iglesia y los pasos de las mujeres hacia el barranco por la cosecha de flores. El arco y la flecha no cimbraron el aire ni hirieron la planta. Se rieron menos y jugaron poco. Sólo esperaban que llegara la noche que ya se había confundido con el día.

(Tomado de la página web: <http://www.npr.org/programs/atc/features/2006/apr/mexlit/lanoche.pdf>)

VENEZUELA:

LOS CACHORROS DE LA REACCIÓN

Luis Hernández Navarro

Lorent Saleh es un joven venezolano de 25 años, de lengua flamígera, que estudió comercio exterior. Es una de las cabezas visibles de la coalición que busca derrocar al presidente Nicolás Maduro. Dirige la organización Operación Libertad, que ubica al castro-comunismo cubano como el enemigo principal de Venezuela.

Lorent comenzó su faena contra la revolución bolivariana en 2007. Desde entonces no ha dado tregua. Lo mismo organiza huelgas de hambre que campañas como “Chávez miente”. Aunque hace años abandonó las aulas, se presenta aún como líder estudiantil. Y, aunque no tiene empleo conocido, viaja por América Latina para tratar de aislar al gobierno de Maduro.

El joven Saleh tiene buenos amigos en diversos países. En Colombia, por ejemplo, lo cobijan y promueven

——— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

la Alianza Nacionalista por la Libertad y Tercera Fuerza, agrupaciones neonazis (*El Espectador*, 21/7/13).

Vanessa Eisig es una simpática chica rubia de 22 años, que usa gafas y se describe en su cuenta de Twitter como guerrera de luz y bígama, casada con mi carrera y con Venezuela. Estudia comunicación en la Universidad Andrés Bello y confiesa que, al participar en las protestas, siente que hace historia.

Vanessa es militante de Juventud Activa Venezuela Unida (JAVU). Exige la deposición del usurpador Nicolás Maduro y de todo su gabinete. La organización tiene como emblema un puño derecho de color blanco, que —dice la joven— “es signo de resistencia y de burla al socialismo”.

JAVU, que impulsa la iniciativa Operación Libertad, ha desempeñado un papel relevante en los actuales disturbios que se viven en Venezuela. Fundada en 2007, la organización se define como una plataforma juvenil de resistencia, que busca derribar los pilares que sostienen a un gobierno que menosprecia la Constitución, vulnera nuestros derechos y entrega nuestra soberanía a las órdenes de los decretos hermanos Castro.

En su comunicado del 22 de febrero de este año, JAVU denunció que fuerzas extranjeras han sitiado militarmente a Venezuela. Sus mercenarios nos atacan de manera vil y salvaje. Su objetivo es esclavizarnos. Para conseguir su libertad, señalan, es vital defender la soberanía de la nación, expulsando a los comunistas cubanos que se encuentran usurpando el gobierno y la Fuerza Armada.

JAVU está inspirada y tiene estrecha relación con Otpor, que en español significa Resistencia, y con el Cen-

tro para la aplicación de acciones y estrategias no violentas (Canvas, por sus siglas en inglés). Otpor fue un movimiento estudiantil creado en Serbia para remover del gobierno al presidente Slobodan Milósevic en 2000, que recibió financiamiento de agencias gubernamentales estadounidenses. Canvas es la cara renovada de Otpor.

El gurú de esos grupos es el filósofo Gene Sharp, que reivindica la acción no violenta para derrocar gobiernos. Sharpe fundó el Instituto Albert Einstein, promotor de las llamadas revoluciones de colores en países que no son afines a los intereses de la OTAN y Washington.

Cables difundidos por Wikileaks hicieron público que Canvas — presente en Venezuela desde 2006 — elaboró para la oposición de ese país un plan de acción, en el que propone que sean los grupos estudiantiles y los actores no formales los capaces de construir una infraestructura y explotar su legitimidad en la lucha contra el gobierno de Hugo Chávez.

La relación entre JAVU, Otpor y Canvas es muy estrecha. Como confesó Marialvic Olivares, militante del grupo de extrema derecha: las organizaciones internacionales que nos están apoyando en este momento siempre han estado de la mano con nosotros, no solamente en cuestiones de protesta, sino en cuestiones de formación, y nosotros con ellos siempre hemos estado de la mano. No nos da vergüenza, no nos da miedo decirlo.

Pero los vínculos entre los jóvenes dirigentes estudiantiles venezolanos y los *think tanks* y agencias de cooperación de derecha van mucho más allá de la alianza con Otpor/Canvas. Diversas fundaciones estadounidenses han

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

financiado abiertamente al movimiento disidente. También han contado con el apoyo del Partido Popular de España y con la organización juvenil de Silvio Berlusconi en Italia.

Es el caso del joven abogado Yon Goicoechea, estrella rutilante de las protestas de 2007 y que ahora estudia una maestría en la Universidad Columbia, después de afiliarse al partido de Henrique Capriles y abandonarlo cuando no le dieron una diputación. En 2008 fue generosamente recompensado por su compromiso de lucha contra Hugo Chávez. El Instituto Cató le entregó el premio Milton Friedman para la Libertad, dotado de medio millón de dólares.

Otra fuerza que ha desempeñado un papel relevante en la intentona por deponer a Maduro es el Movimiento Social Universitario 13 de Marzo, organización estudiantil que actúa en la Universidad de los Andes. Su dirigente más conocido es Nixon Moreno, antiguo estudiante de ciencias políticas, acusado de violar a Sofía Aguilar, ahora prófugo y exiliado en Panamá.

Estos jóvenes saben lo que hacen: promover la desestabilización política. Reciben financiamiento internacional. Militan en las filas de la ultraderecha y el anticomunismo. Son xenófobos. Están vinculados con organizaciones nazis y conservadoras en varios países. Y marchan codo a codo con políticos de la derecha radical como Leopoldo López, María Corina Marchado y Antonio Ledezma.

A pesar de recibir todos estos apoyos, Lorent Saleh, de Operación Libertad, se lamenta: Estamos tremendamente solos. En parte tiene razón. Entre los jóvenes latinoamericanos no despiertan simpatía ni solidaridad. Por el contrario, suscitan desconfianza y repudio. Y es que se les ve

el plumero. Su causa nada tiene que ver con el ideario del movimiento estudiantil-popular mexicano de 1968. No en balde los combativos estudiantes chilenos los repudiaron públicamente. Para ellos, los cachorros de la reacción son impresentables.

(Tomado de *La Jornada*, p.31, 4 de marzo de 2014.)

EL CRISTAL CON QUE SE MIRA

Guadalupe Loaeza

Hasta los insomnios provocados por las muchas preocupaciones, por la angustia, por las deudas, por los vencimientos, por los telefonemas de los bancos, por los recordatorios del club, por el dentista, por el psicólogo; pero los insomnios de Antonio y de Alejandra tenían su lado bueno. Y ese lado bueno, en el caso de Antonio, es que el rato entre las cuatro y las siete de la mañana se había convertido para él en un espacio de reflexión; o bien se distraía imaginando la temperatura de la habitación o se ponía a pensar en todo lo que debía: en el banco; hacer con su vida; haber hecho en relación con sus hijos; hacer, que no hubiera hecho, si la vida le daba fuerzas.

Quizá y salvo contadas excepciones, Antonio no dormía más allá de las cuatro o cuatro y media de la madrugada; en ocasiones hasta un poco antes. En un principio trató de distraerse con la televisión, pero los programas a esas horas eran pésimos, o no tenía ánimo para ver películas cuando la angustia no lo dejaba dormir. Entonces, prefería

——— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

refugiarse en su estudio. Escuchar buena música era tanto como aceptar que no volvería a dormir, de modo que tampoco encendía el estéreo; una taza pequeña de café, para no espantar el sueño, lo acompañaba en sus cavilaciones.

Cuánto lo había perjudicado la impunidad reinante. En su caso, lo grave no era que miles de delincuentes anduvieran sueltos por las calles; lo terrible era la extendida cultura del no pago. Esa actitud tan enraizada provocó que no fuera posible resolver los casos que gestionaba; que aunque conseguía sentencias favorables resultara casi imposible ejecutarlas. Era un hecho que en México, si alguien no quiere pagar, simplemente no paga, y Antonio no tenía explicación razonable para sus clientes. Aunque estaban al tanto del desastre bancario, el FOBAPROA y el IPAB, esos clientes, si encomendaban un caso a un abogado y éste no daba resultados, tendrían que conseguir otro. Y consiguieron otro. La situación fue para él cada vez más difícil.

Su primer enfrentamiento con la impunidad lo escandalizó.

Nunca dudó de la existencia de pillos, tramposos, chantajistas, extorsionadores, bribones, sinvergüenzas o cualquiera tipo de delincuentes, organizados o no. Pero encontrar a la delincuencia organizada en una secretaría de Estado fue algo con lo que no contó. El asunto surgió cuando un amigo suyo le informó que en la constructora de su familia habían recibido un emplazamiento a huelga de un sindicato desconocido para ellos, y al que no pertenecía ninguno de sus trabajadores. Pensó que se trataba de un error y recurrió a su amigo de la infancia en virtud de que era el abogado más cercano y de absoluta confianza. Anto-

nio le explicó que él no manejaba asuntos laborales, pero que lo podía presentar con el socio del despacho encargado del área. Su amigo, sin embargo, insistió en que mejor lo atendiera alguien más. La razón era muy simple: un bufete internacional en donde se cobraba por hora y en dólares rebasaba sus posibilidades.

Dadas esas condiciones, Antonio se acordó de un viejo amigo de su padre que desde siempre había estado en la Secretaría del Trabajo. Nadie mejor que esa persona para recomendarle un buen abogado laboral, sin muchas pretensiones, que se hiciera cargo del caso. Pidió una cita y lo fue a ver. Una vez que le expuso el caso el funcionario le contestó sin pensarlo dos veces:

— Te voy a recomendar al mejor abogado de México: el licenciado Antonio Rincón.

— Pero yo no soy laborista — intentó defenderse.

— Pues desde ahora lo eres. Además, yo voy a estar detrás de ti; y fíjate bien en esto, te estoy haciendo un favor a ti, no a tu cliente. Vas a cobrar bien. Aquí en la antesala está la solución a tu problema.

El funcionario pulsó el intercomunicador y pidió a la secretaria que hiciera pasar a un tal licenciado Ramírez. Al poco entró un individuo obeso y ensortijado, vestido de guayabera y calzado con botines de charro color hueso. Tras las presentaciones de rigor, le alcanzó el papel que, minutos antes, le entregara Antonio y le preguntó si sabía de quién “era” ese sindicato. Bastó un segundo para que el aludido sentenciara: “Es de los que emplazan por directorio. Me parece que es de alguien cuyo nombre no recordaba. Ahorita mismo lo arreglamos”.

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

Sin esperar respuesta descolgó el auricular de uno de los muchos teléfonos dispuestos en la credenza y pulsó algún número. Al poco estaba al habla con la causa del problema. Entre bromas y palabrotas le recordó que “hacía mucho que no se rompían la madre” y que por lo pronto estaba fregando a un cuate suyo. Le dio los datos del emplazamiento, y preguntó sin rodeos, por último, que cuándo pasaba por el desistimiento. Siguieron más bromas y al fin una calurosa despedida. Sin consultar al funcionario se dirigió a Antonio:

—Ya está arreglado. Que pase después de las cinco por el desistimiento. Llévelo un cheque de... —dos segundos de duda— diez mil pesos. Sí, con diez mil está bien.

Todo esto lo decía mientras buscaba, en una agenda de pasta de plástico, una tarjeta. Escribió unas señas en el papel y se lo dio a Antonio.

—Cobras bien, —dijo el funcionario— Te hice el favor a ti.

Antonio comentó el suceso con los socios laboristas del bufete. Aunque ya sabía de las mafias sindicales, sus compañeros le explicaron que obtener el registro de un sindicato era bastante difícil, pero que una vez conseguido, para muchos gánsters, era como sacarse la lotería. Se registra un sindicato de cualquier rama de la producción, y entonces a todas las empresas que tuvieran alguna relación con esa rama, argumentando que por decisión mayoritaria de los trabajadores de la empresa les correspondía a ellos la titularidad del contrato colectivo, las emplazaban a huelga para obtenerla. El procedimiento laboral para aclarar la situación ante las Juntas de Conciliación y Arbitraje es ries-

goso y está lleno de mañas y triquiñuelas que esos gángsters conocen a la perfección. Es preferible, en cualquier caso, llegar a un arreglo como el que Antonio había presenciado; o, mejor aún, contar con la protección de alguno de los poderosos sindicatos que, mediante el pago de una jugosa iguala, no permiten la intromisión en su territorio de gente ajena.

Cuando Antonio fue a dejar el cheque quedó impresionado por lo bien puesto del despacho. Se enteró que ahí se manejaban cuarenta sindicatos y se practicaban entre mil y mil quinientos emplazamientos al año. A diez mil pesos cada uno, pensó, y con el dólar a veintidós, descontando gastos, un abogado de esos se lleva medio millón de dólares al año. No cabía duda que los mocasines Gucci dejaban menos que los botines de charro, concluyó.

Pero lo escandaloso del asunto es que esto ocurría a ciencia y paciencia de la Secretaría del Trabajo. Y era así porque, formalmente, estas personas operan de acuerdo con la ley. Nadie puede acusar a un sindicato de pretender la titularidad del contrato colectivo de una determinada empresa, pero disputarla era más caro, riesgoso para la empresa, que pagar para que se hicieran a un lado. Ése era el verdadero chantaje, y las autoridades lo sabían, lo toleraban e incluso, posiblemente, hasta participaban de los beneficios. ¿Era eso un Estado de derecho?

Ése fue su primer encuentro con la impunidad, pero no el último. Ya como abogado independiente, representó a un ranchero de Michoacán que sufrió la invasión de su propiedad, amparada por un certificado de inafectabilidad, por cuenta de un grupo de campesinos desconocidos en

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

la región. El rancharo fue despojado hasta de la ropa que guardaba en su casa; y fue amenazado de muerte, por los invasores, para el caso de que se acercara al rancho. Recurrió a las autoridades locales, y éstas levantaron un acta y le pidieron dinero. No pasó nada. Fue a ver al gobernador pero nunca lo recibió. Contrató a un abogado y ganó un amparo que decía que la invasión había sido legal; pero nadie se atrevió a sacar a los invasores. Diez años después conoció a Antonio. Y éste, por recomendación de su buen amigo el subsecretario de Gobernación, solicitó a la Secretaría de la Reforma Agraria el pago de una indemnización, y por intermediación de su amigo el subsecretario logró que la SRA accediera al pago mediante una transacción y partiendo del avalúo que realizaría la Comisión de Avalúos de Bienes Nacionales. El rancharo ya no tenía dinero para lograr un avalúo justo, de tal modo que éste resultó bajísimo. Al fin, la secretaría le propuso el pago de cincuenta por ciento del valor de avalúo. ¿Había de otra?

Antonio se rehusaba a aceptar que, en un Estado de derecho, una persona sufriera la invasión de sus tierras, amparadas por todos los títulos legales habidos y por haber, y que, tras diez años de lucha, consiguiera la quinta parte y todavía tuviera que dar las gracias.

Recordó la genial novela de Mario Puzo, que describe la situación de una joven pareja que ahorró con sacrificios lo necesario para comprar los muebles de su futura casa. Los jóvenes entregaron el dinero a un rico comerciante que, al poco tiempo, se declaró en quiebra, librándose, amparado en la ley, de entregar los muebles o devolver el dinero. Los jóvenes recurrieron a la policía y ahí se les dijo que la ley

era la ley; tendrían que gastar en abogados para presentar su caso en la corte de quiebras y, al cabo de algunos años, ver repartir lo recuperado entre todos los acreedores, acaso, veinte centavos por cada dólar que le entregaron. Acudieron los jóvenes al Padrino y éste constató que el comerciante vivía en una mansión y poseía autos deportivos y caballos de carreras; no entendía cómo la ley toleraba que él viviera con esos lujos mientras la joven pareja carecía de los modestos muebles de su hogar, ya pagados, y con el fruto de su esfuerzo; pero en cambio le quedó muy claro por qué ese individuo había recurrido al mismo procedimiento en varias ocasiones: formar una empresa que vende a crédito, cobrar el enganche a tantos como se pueda y luego declararse en quiebra. Como es de esperarse el Padrino persuadió al comerciante de devolver a los jóvenes hasta el último centavo.

La ley es la ley. Debe promulgarse teniéndose en cuenta situaciones generales; y se acepta que, en algunas ocasiones, al aplicarla a casos particulares, puede resultar injusta. Pero esto debe ser la excepción y no la regla.

Lo que ahora siente Antonio es que el Estado de derecho quedó atrás. Vivió el caso del sindicato que emplazaba a huelga con la sección amarilla en la mano y vendía el desistimiento. Entonces, eso era la regla. Vivió el caso del ranchero despojado que mendigó durante diez años la quinta parte de aquello que le robaron. Y eso también era la regla. Vivió el caso de una tintorería que cobraba ochenta pesos por lavar un traje y pagaba treinta y cinco mensuales de renta congelada. Y eso también era la regla. Si le preguntan por la justicia sabe que está más cerca del Padrino que de los tribunales.

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

Hoy vive y padece la cultura del no pago, la causa primera y última del tristemente célebre FOBAPROA. Es cierto que en un principio la gente no pudo pagar sus deudas, que los abonos de sus casas o coches se triplicaron y que el “error de diciembre” lo cometieron Salinas y Zedillo, o sus secretarios, pero no el infeliz que pagaba con grandes sacrificios su hipoteca, aunque, como siempre, fue él quien tuvo que pagar los platos rotos. Pero ese infeliz pronto descubrió que un abogado habilidoso o un Barzón temerario podían sacarlo del problema. Pronto descubrió la enorme ineptitud de la banca privatizada; la precariedad de los contratos leoninos que le obligaron a firmar; la deficiencia del aparato contable de bancos y financieras; la ineficacia del aparato judicial para resolver los casos que le fueron planteados y, en última instancia, para hacer cumplir sus controvertidas determinaciones. Lo que comenzó como una asociación de deudores ahorcados se extendió hasta convertirse en el común denominador de los deudores holgados. Si la justicia no puede obligarme a pagar, ¿entonces para qué pago? La cultura del no pago se instaló definitivamente. Los deudores pobres incumplieron con sus pagos y los empresarios ricos incumplieron con sus pagos. El sistema bancario nacional está en quiebra y el rescate correrá a cargo, como siempre, del contribuyente. Antonio no recordaba en sus treinta años de ejercicio profesional tanta dificultad para lograr que un tribunal hiciera cumplir sus determinaciones.

HERNÁNDEZ

⇒ RECORDANDO LO IMPORTANTE



CIUDAD DORMIDA

Héctor de Mauleón

La primera vez que escuché una historia de fantasmas tenía siete años de edad. Fue por el tiempo en que se estaban abriendo los túneles del Metro en la calzada México-Tacuba, y la escuela, además del monótono zumbido de las perforadoras, se llenaba de historias fantasiosas: ayer, al cortar el pavimento, los obreros encontraron dos cuerpos momificados, el de un soldado español y el de un guerrero azteca; ambos tenían el arma del otro incrustada en el cuerpo.

Los profesores decían que bajo los bloques de asfalto de la avenida había tesoros olvidados, barras de oro, cuentas de jade, cascabeles de plata que los trabajadores hallaban y escondían en espera de una oportunidad para saquearlos.

La maestra María Elena fue la primera en hablarnos de estas cosas. Para nosotros, alumnos de segundo año, las

——— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

obras del Metro sólo significaban que se construía un subterráneo para disminuir las congestiones del tránsito. Pero cuando ella nos habló de la Conquista, nuestra perspectiva se amplió: supimos que las obras del Metro estaban descubriendo los restos de una ciudad dormida bajo nuestros pies, una ciudad de templos y pirámides que hace muchos años fue codiciada por un puñado de soldados españoles, y en la que se desató una guerra. La maestra explicaba que, aunque la guerra fue desigual —los conquistadores tenían caballos y arcabuces; los habitantes de la ciudad, sólo lanzas—, los españoles estuvieron a punto de ser vencidos, y una tarde tuvieron que huir ensangrentados y maltrechos por la calzada México-Tacuba, ésa que todavía se extendía tras los muros de la escuela.

Como he dicho, yo tenía siete años de edad. Mientras ella hablaba, imaginaba a los españoles correr por el camellón, pasar frente al cine Tlacopan luego de lanzar miradas de angustia al carrito de paletas que a las doce y media se detenía en la puerta de la escuela; los imaginaba buscando un árbol grande y seco junto al cual ponerse a llorar la derrota, y también imaginaba la calzada, amplia y humeante, coloreada por la sangre y la lumbre de unas ruinas que ardían.

La revancha de los españoles, decía la maestra, fue implacable: cuando volvieron, la ciudad de los templos fue destruida y sepultada, y ahora yacía bajo nuestros pies, entregada a un sueño que la piqueta de los obreros apenas comenzaba a sobresaltar.

En una ciudad que comenzaba a volverse gris y sólo permitía juegos absurdos sobre las banquetas, aquello nos

resultó extraordinario. Al salir de clases fuimos a espiar entre las láminas colocadas alrededor de la excavación, seguros de encontrar los objetos que animaban nuestros libros de texto; pirámides, armaduras, grandes penachos de pluma de quetzal. Pero en los agujeros enormes jamás encontré nada. Los alumnos de sexto, en cambio, vieron una tarde cómo los excavadores rescataban un cofre repleto de mascarillas de oro; y otra, cómo alguien identificaba la garrocha que Pedro de Alvarado usó para saltar los puentes de Tenochtitlán. Y aunque yo seguía sin ver ni encontrar nada, pronto llegaron rumores de que un compañero de cuarto había logrado descender al túnel, para llenarse los bolsillos con monedas de oro que luego enterró en un lugar cuya ubicación no revelaría nunca.

Fue por esos días cuando el gordo Flores, mi compañero de banca, habló por primera vez del fantasma del Conquistador. El gordo, salvo por su apodo, era casi perfecto. Su boleta estaba llena de seises, y en la escuela todos le tenían miedo, incluso los alumnos de sexto. Jamás lo vi estudiar, ni reprobar un examen. Siempre estaba al tanto de todo. Por él supe lo que luego apareció en los diarios: que una mujer se mató al resbalar y caer en uno de los túneles. Por lo tanto, cuando aseguró que el fantasma de un soldado español había salido del subterráneo, y entrado en la escuela para buscar los tesoros robados por nuestros compañeros, le creí.

El colegio se convirtió entonces en un terreno colmado de zonas prohibidas. Había corredores oscuros, salones clausurados donde se acumulaban el polvo y el silencio, y regiones carcomidas por la humedad y la hierba, que de

——— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

pronto se revelaron como propicios para la aparición de un fantasma. Nada volvió a ser igual. Jugar en los lugares apartados se convirtió en una actividad impensable; ir al baño solo, en una tortura. No volví a acompañar a mis amigos a la excavación.

Durante los recreos, el gordo le hablaba del Conquistador a todo el mundo, añadiendo una descripción minuciosa. Decía que era alto, pálido, barbado; que tenía los ojos enrojecidos, el cabello largo, la ropa manchada de sangre seca. Nuestros temores no cesaban: los *jipis* estaban de moda y sufríamos sobresaltos a cada momento.

Para colmo, comenzaron a aparecer alarmantes indicios. Alguien había escuchado un lamento tras las paredes de un aula abandonada, alguien había descubierto una sombra en un rincón oscuro... alguien venía a avisarnos que los grifos del baño estaban goteando sangre.

La presencia del Conquistador dentro de la escuela se convirtió en una verdad irrefutable. Para conjurarlo, el gordo me aseguró que era necesario practicar un exorcismo. Buscaríamos el recodo más tenebroso y dejaríamos ahí un poco de dinero, algunos dulces, todo con tal de recuperar los territorios perdidos: la suave calma del campo de fútbol, los rincones soleados del patio.

Esa mañana, durante el recreo, reunimos setenta centavos, compramos un pirulí y una cajita de chicles, y decidimos depositarlos al final de uno de los corredores, junto a los salones clausurados. En el último momento, el gordo agregó a la ofrenda un par de estampas repetidas. Luego echamos a correr.

Al otro día no quedaban rastros de la ofrenda. Repe-

timos dos veces el experimento, e incluso nos aventuramos a iniciar un partido de fútbol. El fantasma no apareció.

Por ese tiempo llegó a la escuela un nuevo conserje. Era un hombre moreno, digno como un árbol triste, que solía enfurecerse cuando sorprendía a los alumnos merodeando los salones clausurados. Una vez nos descubrió al momento de depositar la ofrenda y, ante su amenaza de delatarnos con el director, tuvimos que contarle la verdad. La cólera se le esfumó. Abrió la puerta de una covacha — adentro había polvo, bancas rotas y otros trebejos — y aseguró que el Conquistador se aparecía por las noches en ese sitio, para llorar por la Noche Triste. Nos dijo también que en algún lugar de la escuela había un túnel que conducía a la otra ciudad, a la ciudad dormida, y agregó:

— Yo bajé una vez. Adentro está oscuro y hace frío, pero hay pirámides, y lagos, y signos.

Aunque los niños no podían bajar a aquella ciudad, sí nosotros lográbamos agradecer al Conquistador, tal vez, algún día, se nos permitiría conocer dichos prodigios.

Seguimos dejando dulces en los rincones apartados hasta que un día el gobierno terminó las obras, las brechas de la calzada desaparecieron, y por la escuela soplaron nuevos vientos: dejamos de escudriñar bajo la tierra para observar el cielo: el hombre caminó por primera vez sobre la Luna.

En los patios comenzaron los viajes espaciales, las batallas intergalácticas. Cuando el Metro comenzó a funcionar recorrimos, a bordo de un vagón anaranjado, las entrañas de la ciudad dormida. Pero en los túneles no había indicios de los lagos y las pirámides y, en consecuencia, aquel

————— **2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl**

mundo dejó de ser mencionado. Más tarde llegó el Mundial de fútbol y una nueva euforia se instaló en los patios. Preocupados en comprar y reventar balones, no advertimos cómo al correr de los días, en bardas y muros, iban apareciendo frases contra el gobierno, los políticos, el presidente. Una tarde, después del partido de fútbol, el gordo volvió a hablar de los tesoros de la ciudad dormida y a excitarse con la posibilidad de que un túnel uniera los dos mundos.

— Hay que encontrar el pasadizo...

La escuela estaba desierta. Buscamos el túnel hasta que al fin, fastidiados, decidimos irnos. En el patio, sin embargo, algo anormal estaba ocurriendo. Habían cerrado las rejas. Por las calles desfilaban, gritando, cientos de personas. De pronto se escucharon varios disparos y la multitud pareció quebrarse. No comprendimos qué ocurría hasta que el tiroteo cobró intensidad y vimos caer varios cuerpos. Oí un grito lejano, un aullido horrible.

— Están matando a la gente — susurró el gordo.

No supimos qué hacer, cómo reaccionar. Bajo los disparos, la masa comenzó a trepar por las rejas e invadió la escuela. La matanza, la persecución continuó ahí dentro. Nosotros también echamos a correr. Corrimos hasta que nos detuvo el conserje.

— Entren en la covacha... — dijo, empujándonos violentamente.

La puerta se cerró y quedamos a oscuras. El gordo lloraba, por primera vez lloraba. Hundí la cara entre las manos y comencé a temblar. Hacía frío, olía a humedad, pero yo sólo pensaba en los cuerpos que habían caído.

— Todo se está cumpliendo — murmuró el conserje.

Con el Metro despertaron a la ciudad, y ella pide sangre otra vez.

Desde afuera llegaron pasos precipitados. Luego se fue haciendo el silencio, la noche triste. No sé cuánto tiempo permanecemos ahí.

Cuando el velador volvió a abrir la puerta, todo había terminado.

— Corran, vayan a sus casas — dijo. En la penumbra, antes de cruzar el pasillo oscuro, salir al patio, brincar el enrejado y correr por la calzada México-Tacuba, entre las barreras que limpiaban las banquetas y los granaderos que fumaban en las esquinas, oí voces que no entendí, sentí un viento frío que me golpeaba la espalda. Pero no volteé, no volteé.

(Tomado del libro *La perfecta espiral*, Editorial Joaquín Mortiz.)

SELECCIÓN DE POEMAS

Enrique González Rojo

CRIMEN PERFECTO

Qué bueno que por sólo una vez me enamoré de
[una poetisa.

Nos llevamos bien en todo

— la cama, las aficiones, el odio por los niños —
pero no en un punto neurálgico:

nuestro perverso afán de pergeñar poemas.

Aquí nos hallábamos arrojados a una inmisericorde
[y furiosa competencia.

En los juegos florales de dos

donde sin cesar interveníamos
a veces ganaba uno a veces otro

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

pero siempre obtenía el primer lugar
la envidia — como ojerosa tristeza
por el bien ajeno.

Entregados a competencia feroz
vivíamos con el sueño de que la justicia coronara al
[más apto.

Ay de nosotros acabamos por ser
como Caín y Abel metidos a portaliras.
No podíamos tratar el mismo tema
— por ejemplo el lagrimear matutino de la flor
o el roncar genocida del caudillo —
porque dando periplos en una tierra movediza
nos acusábamos de plagiarios de salteadores
a mano armada por las plumas amenazantes delincuentes
líricos o robachicos de haikús. Después de una escena de
mordiscos

patadas y arañazos
— en que ella sembró en mis brazos
una promisoriosa cosecha de cicatrices
y yo en las uñas logré quedarme
con todas sus pestañas —
llegamos a un convenio
firmado con nuestra propia sangre:
de plano nos dividimos el planeta.
Los temas de lo mineral y lo vegetal me correspondían
los de lo animal y lo humano a ella.

El agua y la tierra a mí.

El fuego y el aire a ella.

Y guay de las infracciones

el olvido de promesas

o pasarse el rojo de un semáforo.
Si ella pongamos un ejemplo
en vez de hacer un poema sobre el fuego
lo hacía rebelándose sobre el agua
yo me ofendía
decía que no había el menor culebreo de belleza en su grotesco material
me enfriaba frente a su inspiración y su poesía
y le aplicaba durante horas
la ley del hielo.
Por fortuna y cuando menos lo esperaba
ella llegó a un tema permitido: su última respiración.
Además – el crimen perfecto implicó
un enterramiento perfecto –
la sepulté en mí mismo. Por eso ahora
que escribo a dos voces
en canon
 y en lengua viperina
la reiterada presencia
de la paradoja en mis escritos me hace pensar
en que en mi interior continuó la lucha a las vencidas
con mi musa.

CASA TOMADA

Entró dentro de mí quién sabe cuándo
por un poro tal vez desprevenido
de mi piel. Mas después helo sentido
en varios de mis órganos hablando.

Lo bautizó la biopsia. Va avanzando
poco a poco en mi entraña; convertido
en huésped y epidemia me ha invadido
y está sobre mis vísceras flotando.

Ya lo escucho rondar por mi cabeza,
mis huesos, mis pulmones, mi entereza
y a su avance me encojo, me retiro.

Sufro pues me constriñe, pues me veda
todo lugar, y a mí ya no me queda
más cuarto que el de mi último suspiro.

TRÍPTICO DE VIVENCIAS

PESIMISMO

Me digo: no hay salida. Se acumula
mi impulso y no hay salida. Mi lamento
se estremece en los ayes del tormento
y la esperanza invicta capitula.

Salida no hay. En vano disimula
la máscara habitual el crecimiento
de la perplejidad y el desaliento.
Respiro, y hasta el aire se coagula.

Todo me va agrietando. Grito; basta.
Pero sorda es la duda que enarboló
en mi columna vertebral por asta.

En el aullar sin fin me desintegro
y me asombro al sentir que soy tan sólo
uno de los matices de lo negro.

OPTIMISMO

Si con el pie derecho, muy temprano,
me levanté, también dejó su lecho
mi corazón, dormido aquí en el pecho,
feliz de hallar proyectos en la mano.

Feliz de actuar, indómito y ufano,
desdeñando al destino que, a despecho
de mi arbitrio, me mira contrahecho
como observar al bufón su soberano.

Que triunfaré, no hay duda. Nada puede
detener este andar con que improviso
las huellas libertarias del adrede.

Nada, en mi combatir, me desanima.
¡Qué júbilo saber el paraíso,
aleluya, a la vuelta de la esquina!

REALISMO

Amordazo mi entraña cuanto puedo.
Pongo a raya el temor. Y, cuando intuyo
las cosas como son, ya no construyo
el mundo a la medida de mi miedo.

Me liberan las voces del desnudo.
Que el deseo hable solo, no lo incluyo
en mi hambre de saber dónde recluyo
la austera reciedumbre de mi credo.

No confundo lo oscuro con lo claro.
De lo grisáceo cómplice, declaro
que armonizan dolores y alegrías.

Afortunado, gozo, entre otros bienes,
un sensorio avisado y unas sienas
que permanentemente se hallan frías.

SELECCIÓN DE POEMAS

Óscar de Pablo

NOMBRE

¿Cuál es, después de todo, tu verdadero nombre?

¿Ése de los primeros documentos, el de aquella niñez
innumerable que oscilaba

de la risa al sopor entre jarabes, el del triste bautismo
en agua fría, ese nombre pequeño de las letras
enormes

que no inventaste ni podías hacerlo, ni tenías permiso
ni dientes ni tamaño,

el de escuelas y novias y eternas vacaciones?

¿O alguno de los muchos con que enfrentas el mundo:
ése que te encontró en tus primeras reuniones,
como sin sorprenderte aunque lo hiciera; la sencilla
palabra de hombre adulto

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

que usaste en un principio como sombrero ajeno,
ridículo y solemne como el niño que eras?,
¿el nombre que tomaste, fingiendo que fingías,
y que entendías el miedo, el escondite (y en realidad
comprabas tu orgulloso estandarte), el nombre que
te sigue desde entonces, el que ha visto morir a
tantos muertos
con música de fondo de rabia y multitudes, con el que
te bendice la calle conquistada, con el que te tutea
la prensa clandestina, con el que te saludan las
fábricas en huelga, tus nombres de partido, c
omo dicen?
¿Cuál es, después de todo, tu verdadero nombre?

SOBRE EL RITMO

a Mumia abu Jamal

Punta y repunta. La consciencia canta. Péndulo,
tormenta y tumba. El mar zumba en la sombra y
la garganta, en un solo momento
que retumba.

Danza que avanza y danza
que descansa. Sombra que asombra y sombra
que seduce. Venganza que es tan negra que
reluce en tambor y esperanza: escudo y lanza.

Condena, zaz, condena, zaz, condena: una
cadencia como de latigazos.
Mundo profundo el
mundo
de tus pasos; secuencia de eslabones de
cadena.

Los esclavos de ayer, hoy condenados, de
péndulo y tormenta que retumba; los esclavos
de ayer, hoy incendiados, serán mañana
libertad
o tumba.

SU CORAZÓN UN PÁJARO ESCARLATA

Al Sacras

Sin linaje ni escudero, pero arrojado en arrojado,
sobre un corcel raudo y rojo, marcha el joven
caballero.

Rojo su yelmo de acero, rojo su escudo maltrecho,
frente a la muerte al acecho, libera el mundo
cautivo:
un jilguero rojo vivo le canta dentro del pecho.

Desafiando el vencimiento, color rojo sobre rojo,
son llamaradas al ojo sus banderas en el viento.
Solo con su entendimiento, adolescente y
guerrero,
es puro como el acero con que hiere y con que
mata,
como el pájaro escarlata que canta su romancero.

¿Sin perlas y sin carey, por qué cabalga sin silla,
y por qué no se arrodilla ni ante el Papa ni ante el
rey?
¿Por qué le niega a la ley del reino su vasallaje

si se rebaja ante el paje y ante el siervo es un
sirviente
por qué su altivo coraje ante el noble es insolente?

Brillándole en la armadura, ya dorada de tan roja,
tendrá el destino que escoja libremente su
montura.

La sombra larga y oscura del invencible jinete,
alta como un minarete será un asalto rotundo
que a los tiranos del mundo embestirá como ariete.

Los tiranos de la tierra quieren comprarle al
jilguero,
y al negarse el caballero, elige su propia guerra.
Hoy galopa por la sierra y con sus cascos retumba
un corazón donde zumba un ave roja y feliz:
La verdad es su país, la noche será su tumba.

MARCHA

Dejen juntarse las respiraciones, dejen
que se oscurezca el cielo detrás de la
parvada,
oigan cómo el latir del pavimento, la sucesión
de
pasos y de pasos
en este solo término insumiso, en esta misma
grieta
menor
de la calle Madero,
hace fluir la grieta con los
pasos,

se la lleva consigo hasta llegar al centro
bajo el cielo en común de pasos anegado.

Los pasos y los pasos: ellos
buscan su tacto en el tambor del polvo. He fijado
el
oído
en un mismo resquicio debajo del torrente, y lo
siento
avanzar: nada tiene de absurdo.

Dejen andar la calle revuelta entre los pasos,
déjenla
entrar al Zócalo cantando.

CORRIDO

El caballo no era
de tablas de madera
y no tenía forma de caballo.
Salió de bajo un cerro
y era todo de hierro,
corriendo como el trueno tras el rayo.

El caballo traía
una caballería,
en una carga que, al contar, me arrolla.
Yo estuve en la sagrada
Ilión, que era llamada
entonces Ciudad Juárez y no Troya.

Aquello no era el mar.
O tal vez era el mar,
pero agitaba arena en vez de agua.
El rey cara de perro
era Rodolfo Fierro
y su rugir llegaba hasta Chihuahua.

Las armas resonaron,
y de Torreón llegaron
los doce mil centauros de Nogales.
El de mirada fiera

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

es Pánfilo Natera,
terror de Príamo y sus federales.

Encendido de chiles,
era el Périda Aquiles
Felipe Ángeles al galopar.
Ángeles, y no dioses
cuidaron de los roces
a Odiseo en su silla de montar.

Odiseo en su silla
se llamó Pancho Villa
hasta que Zacatecas fue del fuego;
pero no le hagan caso
al cuento que les paso:
el que me lo contó estaba ciego.

CANCIÓN DEL QUE TE NECESITA

Sabes exactamente lo que va a suceder. Si
aguzo

los oídos, si me acerco, podré escuchar
el tiempo transcurrir por tus venas: los
minutos

calientes, las suculentas horas que suben a tu
cara

no bien menciono el hambre que tu aroma
despierta.

Eres joven y grácil
y en los ramajes verdes de tus venas
hay décadas enteras que puedes entregar,
como
manzanas frescas, a quien sepa tomarlas.

Sabes exactamente lo que va a suceder. Sabes
que

vas a abrirme la ventana y después los
botones de

la blusa celeste
que protege tu cuello; porque conmigo traigo
una hambruna de siglos pendiente de la danza
de tus días y tus noches. De ti lo quiero todo
y todo cuanto tienes es reductible a tiempo. De
tu

———— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

cuerpo caliente se levanta
un olor bermellón, olor de tiempo, olor a cuello
virgen

que anhela mi mordida
para entregar su flujo balsámico de instantes.
Sabes

que vas a abrirme la ventana
para que en mi avidez yo reciba tus horas,
inútiles y vivas, e (indispensablemente para ti)
las digiera

en objetos inertes: en calcetines nuevos o en
kilos

de tortilla, en tiempo coagulado en cosas
muertas.

Así podré nutrir
con tu vida esta muerte que ahora vivo
y he de vivir por siempre hasta que llegue el día
(lejano, inexorable) de la estaca y el mazo.

Sabes exactamente lo que va a suceder. Porque
soy

tiempo muerto que sólo se reanima
sorbando tiempo vivo, de ti lo quiero todo. De ti
lo

quiero todo, pero no te preocupes: Pues soy
un

caballero, le pondré una sordina a mi
concupiscencia
y beberé tu horas sólo en medidas justas:
sensatas,

razonables: Unas ocho horas hoy, otras ocho
mañana: cuarenta hasta el domingo bastarán
para saciarme el hambre y mantenerte viva
el tiempo suficiente para criar una hija, fresca y
llena

de tiempo, capaz de remplazarte, anciana, en
mi

deseo. No lo tomes a mal. De algo he de
alimentarme
cuando tú ya estés seca.

Sabes exactamente lo que va a suceder. Sabes
que

vas a abrirme la ventana.

CARMEN

Beatriz Gutiérrez Müller

La volvieron a ver con su túnica blanca, casi arrastrándose sobre las baldosas.

Tenía un rostro transparente; brotaban sus venas.

Caminaba muy erecta, aderezada de melancolía. Dicen que daba pasos intentando hallar un buen sitio para la imagen de Santiago Apóstol. La tenía por regalo: regalo de la abuela extinta, devota y arcaica.

Años antes, Carmen era la luz del mundo. Una gitana con destino que solía mesar los cabellos ajenos. Y extendía plegarias a Santiago, comendador de las tribulaciones. Por consejo del apóstol, cantaba salmos de feliz: "Tú eres un cobijo para mí, de la angustia me guardas, estás en torno a mí para salvarme". Salvarme, salvarme, petición muy de las entrañas le salía.

Así corriendo, ella se había marcado comisuras en el rostro. Vagaba en el Mediterráneo como polvorín, echando

——— 2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl

velos al aire para salvarse en cada arribo y descenso. Contaba capiteles en cada puerto y ciudad para sumar, siempre. A cada centena, extendía los brazos y con su túnica blanca se desplegaba como un ángel. Luego, como Cupido a punto de lanzar, recogía una piedra que hubiera en derredor; si se la había tomado prestada una mina, robaba una hoja de laurel del árbol de su abuela, tan vieja, discreta y jurante.

Piedras y laureles llenaban entonces el contiguo cuarto al suyo. Acomodados sin trasponerse, estaban por orden de llegada. Contaba en el cuarto aquél, cuando la veían semidiosa, dos mil trescientas cuarenta y cinco piedras y trescientos veintisiete laureles. Eso decían. Y creían la fardada y miraban piedras de todos los sitios: de antiguos vikingos, de nuevos macedonios; piedras de fenicios, moros y viejos emigrantes judíos, de recién avenidos colonizadores. El cuarto aquél era múltiple, oloroso, tímido.

Carmen esperaba. Pero no tejía: contaba. Nunca permaneció en un sitio. Esta mujer de blanco rostro, manos cuadradas y mini factureras, salía por el día o por la noche. Con la imagen de Santiago arrollada en su faja, hacía barruntos sobre el claro y el oscuro. Le molestaba el aire de la tarde y más si llovía, pues la fe ciega (a esas horas) se eclipsaba si no le hablaba el futuro. Comía una manzana y pensaba en los viejos druidas: cómo curar un mal de olvido, un mal de amor. Entonces, ella se desvanecía asegurada de una pared o un árbol, y lloraba. Pero el llanto no la sometía. Un claro se apeaba sin anticipo alguno y Carmen, ensolecida, dejaba escapar una tibia sonrisa, más valedera que la carcajada. Pura fe.

Pasado entonces el eclipse, la mujer ligera y sutil emprendía camino. Lo había de esperar, a él, prometido

estaba. Y mientras, a reconocer la torre de Pisa, a caminar por las cuatrocientas salas del Palacio Borromeo de Milán, a respirar con Ghirlandaio y a comer donas en los jardines del Pórtico de la Gloria. Estar cerca de Santiago de Compostela, eso quería Carmen. Encomendarse en la espera, huir —con la mano del apóstol—, de toda plañidera idea de un futuro sin el héroe que esperaba. Por absoluta convicción. Por absoluto amor. Por destino.

El rostro de Carmen rejuvenecía. Los años le habían cobrado algunas toses y otros mareos; tiras blancas habían nacido en su cabellera, no muy larga ni abundante, que volaba a su par y caía cuando ella, algunas tardes, perdía la fe: “¿Tú tienes fe? Pues yo tengo obras. Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré las obras por mi fe”, leía cientos de veces en el Evangelio. Y así no tenía Carmen más vehemencia: salía tierna de su caparazón para servir como gladiadora, arañar al tirano, sumergirse en la profundidad del mar y robar un caracol para obsequiarlo en buena lid. Pero sobre todo, ahíta de sonrisa, esparcía anhelos a quienes la veían. Dicen que era una gloria verla renaciendo y contagiando buenos augurios.

Así pasó Carmen infinitos días. La prisa la tenían sus manos para acomodar piedras y laureles, más multiformes y coloridos; la pieza aquella era un destello que se veía a leguas por el cielo o por la tierra. Y ella sonreía; confiaba en que su espera acabaría cuando el hombre que esperaba apareciera por la celosía y le dijera “he vuelto”. “Volverá, volverá”, se repetía sin medrar y disponía tés de jamaica, azahar, hierbabuena y anís, para el convite, sobre una car-

———— **2a Feria Internacional del Libro en Nezahualcóyotl**

peta blanca. Y su túnica blanca se deshacía en complacencias: iba y venía con el porvenir y la promesa a cuestas.

La volvieron a ver con su túnica blanca, casi arras-trándose por las baldosas.

Tenía un rostro transparente; brotaban las venas por su faz. Sus manos cuadradas eran púas; su cabello, oscuramente blanco.

Dicen que sólo tenía prisa por guardar la imagen de Santiago Apóstol, lo único que quedaba tras el incendio. Ocurrió que la tarde un día se convirtió en noche y luego en día así, de forma perenne, y Carmen, enjuta y menosca-bada, siguió llorando. Dicen que todo ocurrió un instante antes de que se convirtiera en estatua de sal, plegada a la ventana cuando el viento dejó de correr.

HELGUERA



ÍNDICE

Tres cabezas.....	5
Javier Valdés Cárdenas	
Mujeres.....	9
Pedro Salmerón	
La república del desencanto (España ante la Revolución).....	17
Paco Ignacio Taibo II	
Caricatura.....	21
Rafael Barajas “El Fisgón”	
El olvido.....	23
Óscar de la Borbolla	
El día y la noche.....	31
Mónica Lavín	
Venezuela: los cachorros de la reacción.....	39
Luis Hernández Navarro	
El cristal con que se mira.....	45
Guadalupe Loeza	
Caricatura.....	53
Hénandez	
Ciudad dormida.....	55
Héctor de Mauleón	
Selección de poemas.....	63
Enrique González Rojo	
Selección de poemas.....	71
Óscar de Pablo	
Carmen.....	83
Beatriz Gutiérrez Müller	
Caricatura.....	87
Helguera	

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.

- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo**, de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra**, de Armando Bartra.
- 18. El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- 19. Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- 20. Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- 21. No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- 22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- 23. Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- 23. El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- 24. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- 25. Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 26. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
- 27. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- 28. De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.

- 29. El exilio rojo.** Antología literaria.
- 30. Siembra de concreto, cosecha de ira,** de Luis Hernández Navarro.
- 31. El Retorno,** de Roberto Rico Ramírez.
- 32. Irapuato mi amor,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 33. López Obrador: los comienzos,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 34. Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto,** de Emilio Carballido.
- 35. Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20,** de Mario Gill.
- 36. ¿Por qué votar por AMLO?,** de Guillermo Zamora.
- 37. El desafuero: la gran ignominia,** de Héctor Díaz Polanco.
- 38. Las muertes de Aurora,** de Gerardo de la Torre.
- 39. Si Villa viviera con López anduviera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 40. Emiliano y Pancho,** de Pedro Salmerón.
- 41. La chispa,** de Pedro Moctezuma.
- 42. Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc.** Antología literaria.
- 43. El bardo y el bandolero,** de Jacinto Barrera Bassols.
- 44. Historia de una huelga,** de Francisco Pérez Arce.
- 45. Hablar en tiempos oscuros,** de Bertold Brecht.
- 46. Fraude 2012.** Antología varios autores.

47. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.
48. **Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
49. **México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.
50. **68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
51. **Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes**. Varios autores.
52. **1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
53. **3 años leyendo en libertad**. Antología literaria.
54. **El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
55. **El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
56. **Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
57. **No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
59. **Sin novedad en el frente**, de Eric Maria Remarque.
60. **Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
61. **Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
62. **La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
63. **Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
64. **En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.

- 65. Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.
- 66. Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
- 67. El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.
- 68. Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
- 69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013**. Antología literaria.
- 70. Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños**. Antología.
- 71. Padrecito Stalin no vuelvas**. Antología.
- 72. En un descuido de lo imposible**, de Enrique González Rojo.
- 73. Tierra Negra**. Cómic (no descargable).
- 74. Memorias Chilenas 1973**, de Marc Cooper.
- 75. Ese cáncer que llamamos crimen organizado**. Antología de relatos sobre el narcotráfico.
- 76. Lázaro Cárdenas: el poder moral**, de José C. Valadés.
- 77. Canek**, de Ermilo Abreu.
- 78. La línea dura**, de Gerardo de la Torre.
- 79. San Isidro Fútbol**, de Pino Cacucci.
- 80. Niña mar**, de Francisco Haghenbeck.
- 81. Otras historias**. Antología.
- 82. En tierra de Coyote**. Antología.
- 83. El muro y el machete**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 84. Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana**, de Pedro Salmerón.

85. Desde el futuro con amor. Antología.

Descarga todas nuestras publicaciones en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de mayo del año 2014.

Ésta es una publicación gratuita y es cortesía del
H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl y
Para Leer en Libertad AC.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.